



PROYECTO DE CREACIÓN DE UNA BIBLIOTECA EXCLUSIVAMENTE VASCA

POR EL

R. P. TOMÁS DE ECHEVARRÍA, C. M. F.

MEMORIA LEÍDA EN EL CONGRESO DE ESTUDIOS VASCOS DE OÑATE POR SU AUTOR
INDIVIDUO DE LA JUNTA DE CULTURA VASCA Y MIEMBRO DE SUS SECCIONES DE HISTORIA
Y DE ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS.

I

Conveniencia y necesidad de que se la establezca lo antes posible.

POR nombre de *Biblioteca Vasca* no entendemos aquí un depósito más de libros varios que formarse pueda o deba en cualquiera de nuestras capitales; sino una librería especial que corresponda a la realidad de su denominación en cuanto abrace la sola y toda la bibliografía de nuestro pueblo bajo el séxtuple aspecto de la lengua vasca, de los escritores vascos, de los tratadistas euskerólogos, del archivo vasco, de la hemerografía vasca y de la imprenta en tierras vascongadas.

Huelga advertir que dicha selección exclusivista no significa en nosotros desdén o desvío inconcebible hacia culturas intelectuales, distintas de la nuestra; como tampoco, que esta sea superior a ninguna de aquéllas en cantidad o calidad. Denota únicamente la conveniencia de que creémos en nuestra tierra una biblioteca de género exclusivamente vasco, la cual coexista, si se quiere, con otras de carácter universal y enciclopédico, y que sea, a la vez que testimonio de cariño a la manifestación cultural de nuestra raza, un como abundoso manantial de la más pura investigación en orden a las vicisitudes de nuestra actividad a través del tiempo y del espacio.

Y aún sin acudir a tan altas razones de conveniencia para el establecimiento de una *Biblioteca Vasca* con la limitación étnica arriba explicada, ¿quién hoy, entre los cultivadores de la ciencia bibliotecaria, no conoce, defiende y

fomenta la creación de las llamadas «bibliotecas especializadas» bien así como la flor, gala y bizarría de los grandes progresos bibliográficos de nuestros días y a la vez como el medio más rápido y seguro de ilustrarse en determinados ramos de la cultura humana?

Quede, pues, bien asentada en el comienzo mismo de estas observaciones modestísimas que la limitación de la futura *Biblioteca Vasca* no se funda en espíritu negador o quien menospreciador de otras floraciones culturales que no sean genuinamente vascas, sino en la conveniencia de prestar a nuestra cultura indígena o nativa un cariñoso empuje que la prospere en el camino de su vitalidad y desenvolvimiento plenos.



Y es así que dicha conveniencia conviértese ya en manifiesta necesidad tan pronto como paramos los ojos de la consideración en el asunto que traemos entre manos. Atropelladamente acuden a los puntos de nuestra pluma consideraciones mil en que asentar la tal necesidad no menos que perentoria. Sea la primera el esplendor económico, la opulencia proverbial, el relieve incontrastable que en el mundo entero ha sabido granjearse modernamente nuestra querida tierra. Nuestros bancos (sólo los bizkainos manejan arriba de 5.000.000.000), nuestros bancos llevan la vida, la animación y el movimiento hasta los últimos confines de la especulación humana. Nuestras naves pasean gloriosamente por la esfera la fuerte toponimia de los montes, cabos y pueblos euskaros. Nuestros hombres trabajan como buenos entre los mejores doquiera que surge alguna manifestación de la actividad humana. La tierra vasca en suma, aparece hoy día a la vista de toda persona activa, de toda colectividad emprendedora, como visión de ensueño donde el espacio es trabajo, y el trabajo oro, y el oro bienestar, y el bienestar mero descanso para la consecución de dichas más altas. Y ¡qué! En presencia de tanta luz, de tanta prosperidad, de esplendor tanto, ¿podría sufrirse que nos invadieran aquí las tinieblas de la ignorancia? ¿Consetiríamos ni un día más que el forastero que llega a Euskalerría, atraído por el estruendo de la vida que se desarrolla en torno nuestro, calificara nuestra tierra de opulenta sí, pero también de absolutamente «inculta» por el número menguado y la calidad ruin de nuestras bibliotecas públicas? Hay en Basconia iniciativas individuales, entusiasmos colectivos, subvenciones oficiales para toda suerte de juegos, distracciones y esparcimientos de educación física, ¿y nada o casi nada íbamos a invertir para estotros gimnasios de cultura mental, para estotros talleres de formación psíquica, «mesa de trucos en la plaza de nuestra república—como dijo hermosamente Cervantes—donde cada uno pueda llegar a entretenerse sin daño de barras, o sea ni del alma ni del cuerpo, como quiera que los ejercicios honestos y agradables antes aprovechan que dañan; y más, que no siempre se están en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste a los negocios por calificados que sean; antes horas hay de recreación donde el afligido espíritu

descanse, para cuyo efecto se planta las alamedas, se buscan las fuentes, se allanan las cuestas y se cultivan con curiosidad los jardines.....?» (1).

¿Que no todo cabe hacer en un día? Ciertísimo; pero cada día hay que dar algún paso en firme, y hay, sobre todo, que comenzar las cosas por su natural principio, el cual, en tratándose de vascos y en Basconia, han forzosamente de ser cosas nuestras. ¿Que no faltan entre nosotros bibliotecas públicas para los lectores, sino lectores para las públicas bibliotecas? Tal vez; pero si se echa de menos un centro de ilustración euskérica donde el curioso, nativo o advenedizo, disponga de medios para una rápida y segura información acerca de nuestro presente o pasado históricos. Cuanto más, que el modo de despertar dormidas o sólo rudimentarias aficiones a leer e instruirse es justamente este: facilitar los medios y brindarlos a la vista, a la mano, al paso, a domicilio, a guisa de una comunión espiritual de provechosa cultura. ¿Qué jardín del Abril, qué Aranjuez del Mayo, como una librería selecta?—prorrumpía a este propósito uno de los más aventajados escritores castellanos del siglo XVII ¿Qué convite más delicioso para el gusto de un discreto como un culto museo donde se recrea el entendimiento, se enriquece la memoria, se alimenta la voluntad, se dilata el corazón y el espíritu se satisface? No hay lisonja—añadeno hay fullería, para un ingenio, como un libro nuevo cada día. Las pirámides de Egipto ya acabaron; las torres de Babilonia cayeron; el romano coliseo pereció; los palacios de Nerón caducaron: todos los Milagros del mundo desaparecieron; y sólo permanecen los inmortales escritos de los sabios que entonces florecieron y los insignes varones que celebraron. ¡Oh gran gusto el leer; empleo de personas que si no las halla las hace! (2).

Sea, pues, la primera y potísima razón en que asentemos la conveniencia y aún necesidad de la mentada biblioteca el seneroso propósito de impedir que ahora, ni nunca, pueda con fundamento afirmarse de nuestra querida tierra la fea nota de que habla el ingenioso escritor bilbilitano: el que con una enorme riqueza material simultaneemos una barbarie, tosquedad e incultura increíbles. Si, que, en frase de Platón, con la buena educación es el hombre una criatura celestial y divina, sin ella el más feroz de todos los animales. *Homo rectam nactus institutionem, divinissimum mansuetissimumque animal effici solet; sí, vero, vel non sufficienter, vel non ven educetur; eorum quæ terra progeuuit ferocissimum* (3).

Tan poderosa y todavía más perentoria en el fondo que la alegada razón, es la que ahora quiero fundar sobre el estado, incipiente y no más que fragmentario aún, de los estudios históricos acerca de todo lo que atañe a la personalidad histórica de nuestra gran raza. No quiere esto decir que nada se haya escrito hasta el presente por propios y extraños en orden a nuestro paso por el mundo. Conozco todas o las más de esas producciones meritísimas que han granjeado merecida fama a sus progenitores, y no olvido el consejo del inmortal Cervantes cuando quería que «los censuradores fueran más miseri-

(1) «Novelas Ejemplares», prólogo.

(2) Baltasar Gracián: EL CRITICÓN, II parte, crisis IV.

(3) Plat. Lib. 3 de leg. Agel. I.9, noct. Att. cap. 3.

cordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse a los átomos del sol clarísimo de la obra que murmuran; que si *aliquando bonus dormitat Homerus*, consideren lo mucho que estuvo despierto para dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiese; y quizá podría ser que lo que a ellos les parece mal fuesen lunares que a las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene . . . (1).

Pero así ofrecidos los rendimientos y las admiraciones de nuestro espíritu a los escultores y cinceladores de la personalidad vasca, ¿cómo no repetir con ellos mismos que lo hasta aquí hecho constituye tan solo una iniciación generosa, una parte mínima y a trechos muy discutible de lo que resta que hacer en la empresa por todos acariciada de esclarecer, de rehabilitar, de difundir el misterio de nuestra inmortal progenie en su cuna, en su lengua, en su derecho) en su influencia? Magna labor, en verdad: empello de titanes, cierto; hazaña, claro está, no para realizada por un solo hombre, ni siquiera una generación única; pero que de llevarse alguna vez a término, habrá de ser partiendo de la creación y aprovechamiento documental de una copiosa biblioteca vasca.

«Siempre ha sido dificultoso escribir cosas de historia -observa a este propósito un elegante autor moderno, imbuído en la doctrina clásica de los Padres Sigüenza y Jerónimo de San José (2)—. Consiste esta dificultad en que siendo la verdad el alma de la historia, cuenta gran trabajo averiguarla; y ya que se averigüe y se certifique uno de ella, trasladarla sinceramente a la escritura, poniéndola en tal luz. que entre fácil y plazeramente en la mente del lector y éste la acoja y la absorba y domine de todo punto. Para lograr este fin ha de procurar el historiador buscar esa verdad muy seria y empeñadamente sin que ninguna diligencia le arredre y sin que ninguna dificultad, por grande que sea, baste a desviarle de su propósito. Ha de buscar esa verdad en documentos de autenticidad indubitable que den idea segurísima del acontecimiento sobre que intenta escribir con el único deseo de descubrirla, y descubierta, decirla clara, llana y sencillamente. A este fin tiene que despojarse de sus propias imaginaciones y de las ideas que tal vez se hubiese formado anteriormente sobre los acontecimientos que va a historiar; para nada ha de hacer cuenta de su persona, sino echarla a un lado, y con ella sus afectos, sus pasiones, sus intereses, cuanto hay en ella, para atender no más que a lo que tiene delante que es la verdad real, subsistente y objetiva. La clase de documentos que ha de buscar para hallar esta verdad es bien notoria. Cuanto más cercanos sean a los sucesos que ha de referir, tanto serán, por lo general, más seguros y acreditados. Ha de acudir a los documentos primitivos, no a las relaciones de los escritores hechizas o amañadas. Ha de buscar el agua en las fuentes, no en los rios turbios y revueltos. La mayor probanza de las antigüedades no son las historias, dice un historiador (3), sino los instrumentos, memorias y vestigios antiguos que conservan incorruptas las verdades».

(1) En «El Ingenioso Hidalgo», Parte II, cap. III.

(2) D. Miguel Mir, de la Academia Española en su obra «Santa Teresa de Jesús, su vida, su espíritu, sus fundaciones». Tomo I. *Al que leyere*.

(3) Fr. Rafael de San Juan, en su libro «De la Relación de cautivos del Orden de la Santísima Trinidad».— 1686- Prólogo.

Convengámos en que tras la lectura de estos maravillosos textos donde va engastado el verdadero y único concepto de la historia en cuanto se diferencia de la novela, de la poesía, de la leyenda, del mito, no puede haber ya duda sobre la necesidad de crear una biblioteca exclusivamente vasca, que sea como el punto de arranque para los futuros estudios históricos acerca de nuestra personalidad, tan traída, y llevada en libros y conferencias. Si, la misión de la futura biblioteca será misión de luz, de aire, de agua, de tierra firme, de sangre generosa; de luz, porque allí, como de un resplandeciente disco solar, irradiará lumbre de verdad histórica a todas las manifestaciones de nuestra mentalidad emprendedora; de oxígeno, porque ella derramará auras confortadoras de documentación irrefragable por el espacio hoy manchado con sombras de error o con nieblas de inquietante duda; de agua, porque de sus copiosos anaqueles resurtirá en atrevida parábola a libros, revistas, periódicos y folletos, la verdad que hoy se niega, desconoce o enturbia; de tierra firme, porque en lugar de este pavoroso e inconsistente medio histórico en que hoy caminamos, faltos de entusiasmo familiar y objeto de ludibrio para el forastero, asentaremos el pie sobre el documento, peña y luz; de sangre cordial, en suma, porque a la manera que en lo fisiológico, en la irrigación sanguínea ve la vida, tanto más poderosa y alegre cuanto la sangre es más pura y mayor la fuerza con que la lanza el corazón hasta los últimos confines del organismo, así también resultará jubilosa y triunfal nuestra resurrección a la vida del saber y del arte mundiales, puesto que, grandes y hazañosos por naturaleza en todo tiempo y espacio, lo que nos interesa es que nos retrate y copie el arte histórico tales como somos en realidad; *melius est quaecumque verum quam omne quidquid pro arbitrio fingi potest*- que dijo San Agustín (1).—Y llegados aquí, ¿cómo no engarzar a estas modestas observaciones más las frases de soberana hermosura con que, siglos hace, trazó la belleza estatuaría de la historia moderna aquel castizo escritor carmelitano que se llamo Fr. Jerónimo de S. José?

«Yacen—dice—como en sepulcros, gastados ya y deshechos, en los monumentos de la venerable antigüedad, vestigios de sus cosas. Consérvanse allí, polvo, y cenizas; o cuando mucho, huesos secos de cuerpos enterrados, esto es, indicios de acaecimientos cuya memoria casi del todo pereció, a los cuales para restituirles vida, el historiador ha menester, como otro Ezequiel, vaticinando sobre ellos, juntarlos, unirlos, engarzarlos, dándoles a cada uno su encaje, lugar y propio asiento en la disposición y cuerpo de la historia; añadirles para su enlazamiento y fortaleza nervios de bien trabadas conjeturas; vestirlos de carne con raros y notables apoyos: extender sobre todo este cuerpo, así dispuesto, una hermosa piel de varia y bien seguida narración y últimamente infundirle un soplo de vida, con la energía de un tan vivo decir que parezca bullir y menearse las cosas de que trata en medio de la pluma y el papel» (2).

Y con esto, expuesta queda con todo el ardor de un sincero convencimiento la segunda razón en que apoyamos la necesidad de nuestra *Biblioteca Vasca*, sin

(1) De virtute Religiones, cap. 55.

(2) Genio de la Historia.

la cual no podemos poseer—he dicho y repito—una historia documental, objetiva, científica, que es una de las insignes riquezas de que más legítimamente pueden enorgullecerse pueblos y naciones.

¿Hay más? Si, otro motivo eficacísimo hallamos para convencer de lo mismo al ánimo más frío y peor hallado con la oportunidad y conveniencia de nuestra tesis, cual es el estado en que hoy bulle y se agita entre nosotros la cuestión política originando serios altercados, enconadas reyertas, interminables contiendas. ¡Triste ley del progreso científico, que hayan de precederle en su laborioso aquilatamiento estos duros, estos crueles, estos disociadores, contrastes y ensayos a presiones altísimas de vivificador apasionamiento, que cuando no desgarran materialmente los tejidos del cuerpo, hieren sin compasión las más caras afecciones y dilaceran sin remedio la santa unidad espiritual de una raza. ¿Cuándo amanecerá la dorada edad en que las cosas, objeto de litigio, se nos ofrezcan por si mismas a la conciencia para sobre ellas emitir nuestro imparcial veredicto, y no como ahora frecuentemente acontece, envueltas en redes de prejuicios y desfiguradas bajo mantos de doloroso apasionamiento?

Entre tanto que ello no suceda (y esta interinidad pudiera bien equivaler a una cierta eternidad), el modo más honrado de resolver nuestros conflictos, le criterio más acertado para allegarnos, o siquiera aproximarnos, a la verdad, será siempre el estudiarla serenamente en los que apellido el Poeta «tranquilos y luminosos templos de la sabiduría» *edita sapientum templa serena*, o dicho con una bíblica alusión de oportunidad eterna, el someter nuestras contiendas y diferencias al tribunal inapelable de un salomón que decida sobre la partición o la entrega total de la criatura. Ahora bien; ese rey sabio que, difunto y todo, puede todavía dirimir nuestros pleitos, es la *Biblioteca Vasca*, con sus textos de lengua, sus pruebas de historia, sus aforismos de derecho, sus ejecutorias de heráldica, sus leyes de contratación, sus tratamientos de hidalguía: en una palabra, con el documento integral y vivo de nuestra existencia toda. Entremos, entremos unos y otros a consultar estos testimonios con la seriedad y desapasionamiento que prerrequieren siempre los hallazgos de la verdad, una y santa, y no dudemos que, en tal caso, nuestras manos se buscarán para estrecharse, nuestros corazones para confundirse, nuestras almas para prometerse cordialidad y colaboración indisolubles. Entonces sabremos a que atañernos en punto a nuestro *nacionalismo social*, o sea el resurgimiento jubiloso de nuestra antigua vida individual, doméstica, popular, religiosa, festiva, lídrica, en lo que cada una de esas manifestaciones tenía de más pintoresco, tradicional y clásico. Entonces se deslindarán las inacabables y ásperas disputas acerca de la independencia mayor o menor de que gozará nuestra tierra en anteriores épocas, que es a lo que pudiéramos llamar *nacionalismo histórico*, puesto que sus raíces hállandose profusamente derramadas por el subsuelo de la historia. Entonces se verá asimismo qué fundamento real haya en la lengua, en la historia, en el derecho, en la geografía, en el aborígen, en el alma vasca, en una palabra, para aspirar en estos tiempos de desmembración de pueblos hilvanados a una tercera, y suprema clase de nacionalismo que podríamos

designar con el nombre de *étnico*, por vindicar el principio moderno de nacionalidades: de *a cada alma nacional, una nación; y a cada nación, su estado*.

Por otra parte, nunca, nunca hubo más favorable ocasión, más propicia coyuntura para resolver tantas y tamañas cuestiones como nos traen divididos, como la época presente, que es de grandioso resurgimiento histórico en el sentido más científico de esa hermosa palabra. Hoy es el día, diremos con el insigne Menéndez y Pelayo (I), en que «todo se ha renovado en menos de cuarenta años; el extremo-Oriente nos entrega sus tesoros: las esfinges del valle del Nilo y los ladrillos de la Caldea nos han revelado su secreto: las raíces aryas, interpretadas por la Filología, nos cuentan la vida de los patriarcas de la Bactriana: donde quiera se levantan, del polvo que parecía más infecundo, dinastías y conquistadores, ritos y teogonías. Empiezan a sernos tan familiares las orillas del sagrado Ganges como las del Tiber o las del Hysso y la leyenda del Sakya-Muni tanto como la de Sócrates. Hasta el mundo clásico parece haberse remozado en alguna fuente de juventud y vemos hoy, con los mismos ojos de amor que en el siglo xv, un nuevo Renacimiento. *Et geminum solem et duplices se ostendere Thebas*, es decir, otra Atenas y otra Roma, mucho más hermosas que las que aprendimos a ver en las escuelas. Y al mismo tiempo, la Edad Media, que antes sólo respondía a las solicitudes del arte, es ya amorosa esclava de la ciencia y manda ríos de luz desde cada tumbo monástico y desde cada privilegio o carta municipal».

Pues ya, ¿qué pueblo del mundo tan necesitado como el nuestro de que el reflector potentísimo de la ilustración inunde en cascadas la luz de los ángulos oscuros de su lengua, de su historia, de su derecho, de su procedencia? Todo aquí está por hacerse aún: lo que llevamos realizado, lo que tenemos explorado, lo que presentamos abierto peñas adentro de cada uno de los mencionados argumentos no representa, no significa, no vale un superficial laboreo, un insignificante arañazo en la costra ópera de la rica mina, del oculto yacimiento de oro. Con la particularidad, con la circunstancia notable, de que no sólo habían de consagrarse a estos estudios vascos los aquí dichosamente nacidos, sino también todos los ingenios de España y aún de Europa entera, puesto que el esclarecimiento del enigma vasco desde el punto de vista de su antropometría, de su demografía de su lingüística, de su prehistoria, interesa grandemente a, todas las razas, no que a las ciencias político-sociales del universo culto. Hacia estas ideas de amplísimo criterio científico-social va ya paulatina pero seguramente orientándose el mundo sabio, erudito e investigador; y en el número y calidad de las inteligencias que en ello se emplean hoy día, creyérase que el saber, el verdadero saber, trata de dar generosas satisfacciones a este hidalgo rincón del globo, injustamente desdeñado en épocas de más palabrería, ilustración dentro y fuera de la península hispana.

Manos, pues, a la obra, vascos todos que amáis la gloria de vuestra cuna! A llevar siquiera un granito de arena a la empresa de la nueva, catedral que

(1) De la Historia considerada como obra artística: Discurso de entrada en la Real Academia de la Historia (1833).

se está construyendo! A crear una biblioteca exclusivamente vasca, de donde más adelante surja radiante de luz y calor, la grande, la verdadera, la dulce historia de nuestra raza.

II

Las seis secciones de que debería constar la Biblioteca Vasca

Los que a la sola noticia de una «biblioteca exclusivamente vasca» pudieron maliciar que íbamos a deslucir y empequeñecer un amplio y hermoso asunto convirtiéndolo en una limitada librería de escalera abajo, llevaránse bravo chasco cuando ahora nos oigan hablar de las muchas y reales moradas que caben en lo interior de ese al parecer simplísimo castillo.

Y es así, que a querer formar una *Biblioteca Vasca* donde colmadamente se realicen los fines que arriba expusimos, menester es que le demos dentro de su carácter privativamente vasco toda la amplitud que sufra, la actual designación para nosotros intangible. Ahora bien, hallamos por nuestra cuenta que seis, ni una más ni una menos, son las secciones que comprende nuestra bibliografía vasca. Abraza la primera los libros escritos por autores no vascos acerca de cualquiera materia concerniente a nuestra tierra en personas, cosas instituciones; entran en la segunda todos los escritores de raza vasca que hallan publicado algo, cualesquiera que resulten el asunto de su estudio y la lengua de su expresión; forman la tercera todos los impresos del idioma euzkérico, sin distinción de dialectos; figuran en la cuarta tal todos los documentos existentes hoy en nuestros polvorientos y diseminados archivos a cuya unificación habría, que ir decididamente primero; contendría la quinta la *hemerografía* vasca, (expresión griega cada día más en boga para denotar la parte destinada en las bibliotecas a recoger las publicaciones periodísticas la más señalada valía); comprendería, por último, la sexta, la colección entera de los libros publicados en imprentas vascas del siglo xv a esta parte.

Parécenos completa e irreductible esta enumeración de materias para la futura biblioteca, materias que habrían de ser cosa parlante y viva en cada una de las secciones dichas, antes que sepultura o encantamiento de papel impreso inútil para la cultura y nocivo a la salud pública. *Que* ¿cómo se logran esas maravillas? Poniendo al frente de nuestras bibliotecas personas que por lo bien retribuidas, por lo mejor examinadas y por lo constantemente vigiladas por inspectores *ad hoc*, cumplieran con creces sus muchas y delicadas obligaciones, entre las cuales campean, evidentemente, la acuciosa adquisición la escrupulosa custodia, la diligente conservación, la detallada noticia y la triple catalogación (por índice, de materias, autores y signaturas) de todos los libros de las especialidades poco ha indicadas. Extendamos aquí aquellas no más que volanderas indicaciones.

Y comenzando de lo primero, bien es que dediquemos una sección aparte a la labor vascófila de los que hanse dado al estudio de nuestras cosas, atraídos por algún otro estímulo que no haya sido la *fuerza de la sangre*. Este género

de escritores advenedizos no falta nunca en ningún pueblo de los extendidos por el orbe, y es manera de solidaridad muy loable ver semejante trasiego y como intercambio de autores entre las naciones civilizadas a fin de indagar y estudiar unos las cosas notables de los otros y así hacer todo entre todos. Muy de aplaudir es además dicha costumbre desde él punto de vista de un mayor acierto y aquilatamiento de la verdad, puesto que si cabe error en el aprecio y estimación de las cosas propias por vistas, como vulgarmente se dice, o través de las cataratas del apasionamiento familiar o casero, a corregir esas exageradas desviaciones contribuye no poco la visión limpia y serena de las mismas cosas por instrumentos y puntos de consideración de procedencia forastera. Es más, habían de ser evidentemente injustas y desconsideradas sus absurdas apreciaciones y todavía debiéramos archivarlas con particular estima en nuestros anaqueles o vitrinas, pues ellas nos venían a contar con ruda franqueza que dicen de nosotros los hijos de los hombres... bien para desviarnos de lo erróneo, bien para afirmarnos en lo cierto.

Opinen otros lo que gusten, de mi sé decir que pocos pasajes hallo en el Quijote de tan divina filosofía como aquél del capítulo II de la 2.^a parte en que pregunta el caballero único al escudero sin par: «Dime, Sancho amigo, ¿qué es lo que dicen de mi por ese lugares? En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos y en qué los caballeros? Qué dicen de mi valentía, qué de mis hazañas y qué de mi cortesía? Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballeresca? Finalmente, quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado a tus oídos; y esto me me, has de decir sin añadir al bien ni quitar al mal cosa alguna, que de los vasallos leales es decir la verdad a sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulación la acreciente u otro vano respeto la disminuya; y quiero que sepas, Sancho, que si a los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrían, otras edades serían tenidas por más de hierro que la nuestra; que entiendo que, de las que ahora se usan, es la dorada. Sírivate este advertimiento, Sancho, para que discreta, y bien intencionadamente pongas en mis oídos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado...»

¡Nunca lo preguntara el bueno de D. Quijote!

«Los hidalgos dicen que no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguía. . . . Dicen los caballeros que no querrían que los hidalgos En lo que toca a la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuesa merced hay diferentes opiniones; unos dicen..., otros..., otros., y por aquí van discurriendo en tantas cosas que ni a vuesa merced ni a mi nos dejarán hueso sano».

¿Pensaréis que el socarrón escudero atravesó con ello de parte a parte el pundonoroso corazón del caballero nobilísimo? Nada menos que eso: Tranquilo, ecuánime, perfectamente dueño de sí, va el sublime loco admitiendo lo que cree cierto, y rechazando lo que estima erróneo en las apreciaciones y dichos del antiguo legislador que llaman vulgo: y tras la enumeración de otros caballeros para quienes fué no menos cruel y cáustica la opinión incosiderada de los hombres; tras aquella memorable sentencia de que «donde quiera que está

la virtud en eminente grado es perseguida, por donde pocos o ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la milicia», sálese con aquella sedante y consoladora epifonema de «Así que, oh Sancho, entre las tantas calumnias de buenos, bien pueden pasar las mías como no sean más de las que has dicho»

No otra debiera ser nuestra reflexión final, señores, en la peor de las suposiciones e hipótesis en el presente caso: considerar de qué zona procede la pluma que desgarrar nuestra fama, y consolarnos con la idea de que aún salimos regularmente librados para lo que puede temerse de los juicios desacertados de la envidia, de la ignorancia, de la ojeriza inveterada y atávica.

Cuanto más que entre tanta inexactitud e injusticia tanta, seguramente habrá mil observaciones atinadas y multitud de consejos bellísimos que incorporar a la verdadera psicología e ideología de nuestra querida, tierra, tanto más de apreciar todo ello cuanto que es visto nacer y desarrollarse sobre un monton de nauseabunda escoria.

La segunda sección comprendería—hemos dicho—la bibliografía de los escritores de casa, sea cuales fueren el asunto, la lengua y las ideas de sus producciones mentales. ¿No merecen este honor, este cariño, este premio, los que de entre nosotros se han consagrado a la gloriosa, pero árdua, vida de las letras? Para mañana que haya de recogerse en luminoso catálogo bibliográfico la expansión cerebral de la raza, ¿imagináis manera más rápida y segura de hacer a la mano escritos? Otro día que ingenios forasteros nos pregunten por determinados escritores nuestros, por la cantidad de su haber mental, por el paradero de sus libros, por el número de sus ediciones, ¿sospecháis siquiera, respuesta más gallarda, más satisfactoria, más honrosa que remitirlos a esa sección segunda de la *Biblioteca Vasca*? Y ¡qué hermosa dispersión de patriótica luz la que brille con el andar de los tiempos en esa sección adonde hijos cultos y bien nacidos hablarán a las presentes y futuras generaciones de las glorias, grandezas, excelencias y prerrogativas de la gran madre! Desde la geología hasta la teología, pasando por las ciencias naturales, filosóficas, jurídicas, históricas, políticas, económicas, artísticas no habrá de faltar allí una sola manifestación del saber humano que no la haya reflejado con luz y calor bellísimos el cerebro poderoso de algún descendiente del patriarca Aitor. Y entonces será la ocasión propicia de reconocer lo andado y lo por andar en el camino de nuestras intelecciones, de establecer paralelos, contrastes y aproximaciones entre los escritores de nuestra sangre y los de nuestras razas; de sorprender y patentizar los caracteres raciales que se perpetúan bajo la constante diversidad de los caracteres individuales; de graduar las mutuas influencias que unos sobre otros han venido ejerciendo libros y autores de distintas épocas; de desnatar, desfrutar, en suma, lo bueno, mejor u óptimo que en ellos haya, en orden a materias generalmente tratadas.

La tercera sección hemos de consagrarla toda para los libros escritos en lengua vasca). La mayor gloria de un pueblo es poseer rica literatura redactada en su habla natural y propia. Nada, ni la historial, ni la geografía, ni el aborigen, ni el derecho, ni los usos populares son parte, o por lo menos tanta

parte como un idioma, para caracterizar, inmortalizar, nacionalizar a una raza. En habiendo lengua, y lengua culta, rica, independiente, está poco menos que coronado un pueblo, porque todo lo demás se funda ahí y vendrá, tarde o temprano, de añadidura Desgraciadamente el idioma vasco no ha servido hasta, ahora de instrumento universal de ciencias y artes, y carece por ello de aquella envidiable flexibilidad y cultura, que se aprecia desde luego en las lenguas romances. Es ello culpa nuestra, y culpa que heredada ya de nuestros antepasados legaremos nosotros aumentada en tercio y quinto a las generaciones que nos sucedan sobre la tierra „... ¿En qué radica esta desconsideración y manifiesta falta de patriotismo vasco? ¿En qué tenemos al idioma por incapaz de expresar nuestro mundo interior? ¿En qué no hallamos elegante el empleo del habla nativa para ciencias y artes? En qué la desconocen los que aquí viven vida, ciudadana o simplemente ejercen profesiones liberales? Todo ello acaso haya contribuido y contribuya aún para el mal que lamentamos; pero francamente entendemos que desaparecería el mal susodicho con todas sus causas y consecuencias si los escritores vascos hallaran ambiente favorable para, su vida intelectual como ocurre en Portugal y en Cataluña.

Aquí, en cambio, apenas tiene remedio semejante contrariedad por la sencilla razón de que nuestra tierra, hartó limitada en sí y aún desconocedora, en no pequeña parte, del idioma vasco, no da para lectores suficientes de obras euskéricas, no ya desde el punto de vista del lucro, pero ni de la fama, ni de ningún otro estímulo de los que agujijonean y espolean a los ingenios. Mientras este obstáculo no se orille, en tanto que ese impedimento no se zanje, con el único posible remedio de crear numerosos lectores a la lengua vasca mediante la introducción del vascuence en todo nuestro territorio hablaremos muchos, soñaremos en grande, plañiremos a todo grito; pero el mal continuará y aumentará en proporciones alarmantes, siendo eternamente verdad aquella dolorosa observación de Cervantes: «Y a lo que decís, Señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, doyme a entender que no anda, muy acertado en ello, y la razón es ésta: el grande Homero no escribió en latín porque era griego, ni Virgilio escribió en griego porque era latino. En resolución todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche y no fueron a buscar la extranjera, para declarar la alteza de sus conceptos; y siendo esto así, razón sería se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta alemán porque escribe en su lengua, ni el castellano, *ni aún el vizcaíno que escribe en la suya*» (1).

¡Ni aún el vizcaíno que escribe en la suya! Ya lo oímos los vascongados; y con todo, aún es mayor que ese insulto la injuria que nosotros mismos inferimos a nuestra habla al no emplearla (ni siquiera después de la célebre bofetada cervantesca) en nada que signifique ciencia, arte o progreso, antes reservándola, cuando mucho, para tal cual devocionario destinado para un corro de devotas aldeanas de la serranía. *¡Quoque tandem!* ¿Hasta cuándo perdurará la insen-

(1) Don Quijote de la Mancha. —Parte II, Cap. XVI.

satez de los hijos de Basconia en punto tan trascendental a donde convergen a una las razones de la inteligencia y los sentimientos del corazón?

Recordamos a este propósito que un excelente eclesiástico catalán (célebre hoy en la literatura de aquel país), desechó la amistad de un vizcaíno ilustre que decía ignorar el vascuence, su lengua materna. Y preguntado por nosotros por qué se había con tanto rigor y aspereza tamaña con un ciudadano de intachable conducta y constituido además en uu cargo público, respondió que porque el tal personaje revelaba tener mal corazón al haber dejado olvidar su habla nativa y no incluirla entre las especialmente cultivadas y habladas por él . . . Y con razón hablaba así, porque nuestra conducta (si ya no la fundamos los que escribimos para el público en la falta de lectores) revela efectivamente o un trastorno mental, próximo a la vesania, o un desarreglo cordial, que todavía nos vendría a poner en esfera inferior y más abatida. ¿Con que abundan por ahí filólogos ilustres, como un Humboldt, un Nübner, un Meyer Lübeke, un Cejador (1) . . . para quienes el vascuence es la flor y nata de las lenguas muertas y vivas, y nosotros a quienes Dios nos le dio a beber en el néctar lácteo de nuestras madres lo íbamos a dejar como cosa de menos valer? Cuando para otros milagros no estemos sobre el particular, recojamos al menos con veneración cariñosa en esa tercera sección de la *Biblioteca Vasca* todo libro, todo folleto, todo impreso que aparezca santificado por el más antiguo, por el más santo, por el más filosófico de todos los humanos idiomas.

La sección cuarta abarcará, en nuestra cuenta, la parte de los Archivos hoy desparramados por las Secretarías municipales de nuestras ilustres villas, así como la principalísima parte de los mismos retenida por razones incomprensibles de Estado en librerías, bibliotecas y archivos de antiguas ciudades castellanas. Mientras ese despedazado cuerpo documental de nuestro pasado no vuelva a unirse en un cuerpo único de Historia instrumental, desengañémonos, no existirá la suspirada obra de ciencia histórica que nos descifre el enigma de nuestra secular, de nuestra milenaria esfinge. Si yo fuera quién, si yo tuviera un asiento en la Excma. Diputación de Bizcaya, si yo pudiera acercarme con el consejo al oído de nuestros insignes patricios, diríales hoy, repetiríales mañana, pregonaríales siempre: ¡A unificar el Archivo, que está derramado por ahí como un estóril polvo del camino! ¡A unificar el Archivo, que sin su empleo aprovechado, no hay historia posible! ¡A unificar, antes hoy que mañana, nuestro riquísimo archivo, que desapareee por la injuria, de los tiempos y la desidia de los llamados a custodiarlo!

Ni ¿qué valedera razón cabría oponer a este perentorio anhelo nuestro, que es también seguramente el de todos los aficionados o entendidos en la materia? Nuestros Municipios, al desprenderse de ellos, no es que pierdan la ejecutoria de su nobleza, los pergaminos de su hidalguia, el tesoro de sus celebradas carta-pueblas o reconocimiento de franquicias. Allí en la sección cuarta de la *Biblioteca vasca* obraría su riqueza histórica, su mayorazgo fundacional

(1) Opina este eminente hombre de letras que del Euzkera provienen todas las lenguas conocidas, y desde luego que ella fué el idioma primitivo de España entera. Véanse sus obras *Embriogenia del lenguaje y Etimología y origen del Castellano*.

con más esplendorosa esposición para su valía, y con menos riesgos para su esmerada conservación a través de los siglos. Hasta podrían y aún deberían catalogarse dichos documentos con la detallada expresión de su pertenencia o procedencia para que no se hiriera con ello el sentimiento romántico de nuestros pueblos, sus antiguos dueños y poseedores. De igual forma se procedió por el Gobierno de Madrid en la creación del Archivo Histórico Nacional que tanta enseñanza y tan rica savia de ilustración ha venido e irá todavía aportando al organismo integral de la Historia de España. Es verdad que en otras naciones, como en Alemania, como en Italia, como en Inglaterra, el haber archivero de los respectivos países hállase profusamente derramado por varias ciudades y capitales de la común Patria; pero téngase en cuenta que se trata en estos casos de naciones sumamente extensas, de cultura intensa por demás, y de constitución étnica diversa, así como la historia variadísima de unas regiones a otras. Entre nosotros, en cambio, no hay ningún aspecto de ese género a que atender, puesto que vivimos y nos desenvolvemos en un territorio muy limitado, de cultura harto escasa y de historia casi única. No olvidemos en la resolución de tan importante problema el principio inconcuso de que los contenidos archiveros son de utilidad inmediata y no objeto de valor cordial a manera, de fetiches: por donde toda situación de Archivos que no favorezca, a su mayor empleo e incorporación a los estudios históricos que constantemente se van elaborando, daña a la esencia misma y a toda la razón de ser de un Archivo, que., repetimos, no es un templo esotérico abierto sólo en determinados días y a contadas personas de cierta significación y categoría, sino una colmena, por el contrario, donde vayan mil solitas abejas a proveerse fácilmente de la miel necesaria para otras derivaciones de parecida, especie.

En fin, si antes de proceder a esta necesaria reforma fuera posible apelar al ensayo que se estila para establecer una línea férrea entre dos juntos o lugares (consistente en contar el número de pasajeros que discurren por un camino en el decurso del año); si pudiéramos averiguar, digo, por rigurosa estadística el número exacto de visitantes a nuestros Archivos provinciales o municipales, y lo confrontáramos luego con el que durante igual lapso de tiempo diera el Archivo ya unificado y trasladado a alguna de nuestras capitales, no nos cabe la menor duda de que el problema quedaba definitivamente resuelto a nuestro favor, si con alguna queja, justificada en el fondo, de sus actuales poseedores, con insignes ventajas y aumentos, en cambio, para la grande, puntual y verdadera Historia de nuestra amada tierra.

La quinta sección recogería para riguezae integridad de la Biblioteca Vasca las publicaciones periódicas de alguna importancia donde se hubieran tratado cuestiones interesantes desde el punto de vista de nuestra Historia. Hoy día, mayormente en revistas científicas o artísticas publícanse artículos que valen por libros y aun folletos enteros que ven la luz en artículos sucesivos sin que luego se editen en libros aparte. Y ¿quién duda que, no obstante esa modesta aparición suya en el mundo de las ideas, esos artículos revisten importancia, suma para el conocimiento o más cabal inteligencia de determinados extremos? El periodismo tomado así bajo forma general y en el solo

matiz político, claro es que no constituye ningún criterio de verdad ni menos viene a ser instrumento alguno de segura documentación historial; mas el periodismo contrastado, el periodismo aquilatado, el periodismo rectamente interpretado, pone en nuestras manos indudablemente el hilo salvador de mil acontecimientos laberínticos por cuyo interior fuera imposible caminar con la sola ayuda y el auxilio imito de otros documentos que nada se cansa en registrarlos.

Finalmente, daría a nuestra biblioteca una cierta impresión de ideal coronamiento en punto a recolección libraría, la recogida en ella de un sexto género de obras, cuales son todas las impresas en nuestra tierra desde que se instaló aquí el maravilloso invento de la estampa, verdadero puño sembrador que derrama por las hazas de la opinión consciente la áurea y prolífica semilla de las ideas. En toda la península ibérica se está escribiendo, de veinte años acá, la historia extensa y puntual de la imprenta; y aunque no fuera sino por pundonor deberíamos, también nosotros tener ya compuesta y publicada la parte que nos concierne en semejante contribución alicuota, donde no cabe defraudación a menos que se someta uno a vergonzoso desahucio, equivalente a su exclusión del mundo de la cultura

III

De algunos medios prácticos para la formación y enriquecimiento de la Biblioteca Vasca.

Manco y descabalado quedaría este modesto trabajo nuestro (que hemos redactado al correr de la pluma) si para sufeliz terminación y coronamiento no añadiéramos dos palabras en orden al epígrafe de este tercer párrafo, tan interesante o más que los anteriores.

¿A que medios prácticos acudir, en efecto, para echar desde luego los cimientos de este proyecto nuestro? Parécenos que de su peso caen estos tres, nacidos de la esencia misma de la cosa. La idea sola de una Biblioteca (que no es otra cosa que depósito ordenado de libros para su conservación, custodia y aprovechamiento), nos sugiere el triple, sencillo y práctico medio de que para la formación y enriquecimiento de la futura Biblioteca Vasca, es menester primero recoger cuidadosamente lo ya existente en todas y cada una de las secciones mencionadas; lo segundo, crear, o mejor dicho, ir creando lo que falte y se eche menos en cada una de ellas; y lo tercero, conservarlo y servirlo todo con verdadero interés y cariño; por otras palabras, es necesario pensar en *presupuestos de adquisición*, o compra de libros vascos ya publicados; en *certámenes u concursos*, cuyos premios y honores de triunfo estimulen a los ingenios de nuestra tierra o a los forasteros bien hallados con ella; y finalmente, en la *elección acertada* del personal que haya de estar al frente de la futura Biblioteca Vasca.

Para la adquisición o compra de los libros, utilícense los catálogos de imprentas, librerías y encantos, y todavía más los ensayos bibliográficos de literatura vasca, recurriendo, si así pareciera oportuno, incluso a la celebración de concursos donde se galardonara espléndidamente la labor de los concurrentes. En orden a los certámenes o concursos sobre monografías históricas, lingüísticas, etc., celébrense en plazos periódicos y previa larga preparación a fin de que sean de algún valor los trabajos que se presenten, y en igualdad de circunstancias, óptese por estudios referentes a puntos oscuros o discutidos de nuestra Historia, y a la manera de facilitar o difundir el conocimiento y empleo civil y doméstico del habla vasca.

La elección del bibliotecario debe ser una de las empresas más delicadamente llevadas, estudiadas y resueltas, pues de su suficiencia profesional y actividad constante depende el que la Biblioteca sea una lonja de contratación mental donde todo respire vida, animación y movimiento, o bien un depósito de cadáveres impresos en que el curioso comience por llevarse irremediable chasco y acabe por no tornar a semejante lugar de aburrimiento y tedio. Bibliotecario que desde el día mismo de la posesión de su cargo no trabajara por formar los índices de autores de obras y de firmas, siendo por su cultura y urbanidad el encanto de la casa donde se le ponga, había de creer muy creído que dista muchísimo de responder a lo que él se esperaba, y no sin escrúpulo moral y vergüenza de caballero había de cobrarse la nómina o asignación de su empleo. ¿No se podría lograr en parte esta perfección que exigimos del personal de nuestra futura Biblioteca sometiendo a frecuente, aunque no molesta, inspección y amparando el derecho de los lectores razonablemente quejosos, incluso con la remoción del cargo a, juicio de la mayoría de la Excma. Diputación Provincial?

Pero convengamos (y lo advierto a lo último porque quede ello como temblando en el aire y fuertemente grabado en la memoria de todos) que para formar la Biblioteca Vasca, para debidamente organizarla para hacer de ella, en suma, algo vivo, algo útil, algo presentable, es necesario de toda necesidad comenzar por el único verdadero fundamento de estas cosas: tal es una completa, luminosa y bien especificada bibliografía de todas y cada una de las secciones arriba explicadas. Ella, nos dirá, en efecto, bien así como el inventario de una herencia *qué tenemos, dónde está, qué nos falta, cómo nos haríamos con ello, qué debemos someter a nuevo diligentísimo exámen y cuáles otras cosas, como definitivamente puras y aquilatadas al fuego manso de la discusión, podamos ya incorporarlas al áureo grano de las trojes inmortales*. Donde no, iremos de sorpresa en sorpresa caminaremos a tientas o dando lamentables tropezones, tomaremos las cuestiones vascas fuera de su verdadero estado científico, volveremos a decir hoy inexacta y ramplonamente lo que estaba cincelado ayer con marca de inmortalidad gloriosa que ¿cómo nos hallamos a la hora presente el el país vasco, con respecto a la bibliografía, en orden al inventario de nuestra riqueza librería, relativamente al debe y haber de nuestro balance cultural o sabio? Yo diría que en halagador período de aurora que promete hermoso y no muy lejano sol de envidiables realidades. Así, para hacerlos ver en rápida incolora

perspectiva, tenemos del malogrado y nunca bien llorado D. Angel Allende-Salazar más de dos mil papeletas sobre libros publicados sobre el país vasco. Acerca de las obras escritas, en particular, sobre el idioma vasco, es conocido y justamente aprobado el bellissimo trabajo de Mr. Julien Vinson. El tolosano Sorarrain publica poco después su bibliografía, en que por un orden rigurosamente cronológico, habla de nuevos libros sobre el país vasco y acerca de su milenaria lengua. En igual heróica empresa gastaba entonces y emplea hoy fuerzas y dinero el insigne D. Juan Allende-Salazar, gloria de Guernica, cuya labor bibliográfica arroja más de dos mil papeletas de solos autores vascos y más de cinco mil de libros impresos en Euskal-erria desde 1.492 que es la fecha de la instalación de la imprenta en la capital de Navarra.

Está, además, próximo a publicarse el suspirado Catálogo de la Biblioteca provincial de nuestra Excma. Diputación, cuyo autor el competente Bibliotecario y Archivero D. Darío de Areitio –cuenta por 1.900 las papeletas de sola la sección vascongada y por 4.000 las que se refieren a los cargos del Gobierno del Señorío e individuos que los ejercieron. Tiene asimismo conquistadas indiscutible personalidad de acucioso bibliógrafo el benemérito de las Letras Vascas D. Fernando de la Quadra Salcedo, cuyas papeletas de sólo juristas euskaros se acercan mucho al increíble número de dos mil, así como pasan de 800 las referentes a libros impresos en Bilbao hasta el año de 1850. D. Federico Gredina, Director del Jardín Botánico, en Madrid, nos presenta más de 80 papeletas sobre botánicos y colectas de plantas, cuyos trabajos se relacionan con el país vasco-navarro. D. José Zalba ha compuesto las suyas, numerosísimas y hermosamente hechas, sobre las obras completas del egregio novelista D. Antonio de Trueba. Y, en fin, y porque con la sombra apacible de D. Carmelo Echegaray se tropieza dichosamente siempre que uno toma por un camino cualquiera del engrandecimiento de la patria vasca y en fin, digo, de este eximio polígrafo son las papeletas (más de 200) referentes a escritores extranjeros que, después de viajar por nuestro país, han confiado a la pluma sus volanderas impresiones, así como otras tantas fichas, con escrupulosa copia al canto, de pasajes de libros donde incidentalmente se habla de cosas concernientes a nuestra querida tierra.

¡Ah, señores y amigos míos! Acaso ofenda vuestra modestia, tan grande como vuestro talento, con citaros aquí para que os conozcan y admiren vuestros compatriotas; pero una cosa me disculpa ante vosotros en la presente ocasión, y es que en esta lucha desigual y fiera a que convocado nos han los insensatos enemigos, o lo que es peor todavía, los desdeñadores sin honor de nuestro paso por la historia cultural del mundo, importa poco que se rompan cántaros más, cántaros menos de modestia con tal que del misterio de su interior destrozado brote la pura llama del entusiasmo que ilumine, como resplandor de incendio, el camino áspero y largo de nuestras campañas por el resurgimiento total de la madre patria

Y no más, sino que hayan sido alguna parte nuestras volanderas observaciones para que haya entre nosotros muchos imitadores de aquel «Varón

galante» que pinta el ingeniosísimo Padre Gracián en EL DISCRETO (1), aquél, digo, que repartió el viaje de su vida en tres estaciones: la primera la empleó en hablar con los muertos; la segunda, con los vivos; y la tercera, consigo mismo. Los muertos eran, por otro nombre, los libros, en cuya atenta y escogida lectura pasó el primer tercio de su vida; los vivos significaban los hombres sabios y de maduro juicio, cuyo trato buscó mediante prolijas peregrinaciones por todo el orbe culto; el postrer tercio del vivir gastó lo, en suma, en reflexionar sobre lo leído en los libros y visto por el mundo en sus largas excursiones.

Yo pido más a mis lectores, a mis oyentes, a mis amigos vascos: que entre esos tercios de lecturas, viajes y reflexiones, se reserven uno más para legar por escrito a su querida Patria el áureo fruto de sus maduras intelecciones.



(1) Culta repartición de la vida de un discreto.